


azulejos

RUTH KAUFMAN
**Extraña
misión**

Ilustraciones de MANUEL PURDÍA



Extraña misión

Ruth Kaufman

ILUSTRACIONES
DE MANUEL PURDIA

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Autora de secciones especiales: Gabriela Comte
Correctora: Pilar Muñoz Lascano
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Diagramación: Karina Domínguez

Kaufman, Ruth
Extraña misión / Ruth Kaufman ; ilustrado por Manuel Purdía. - 1a ed. - Boulogne :
Estrada, 2017.
64 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Serie Naranja ; 41)

ISBN 978-950-01-2084-5

1. Literatura Argentina. I. Purdía, Manuel, ilus. II. Título.
CDD A863



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

41

© Editorial Estrada S. A., 2009.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-2084-5

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

La autora y la obra	5
Biografía.....	7
Tiempos de guerra	8
Aprender en épocas de cambio.....	9
Una finca en Salta	10
La obra	13
1. Angélica y Casilda	15
2. La lección	19
3. Los padres de Angélica	23
4. Un brindis nuevo	25
5. La despedida.....	29
6. El nacimiento	31

7. La promesa.....	35
8. En medio del monte	41
9. Perdidas	45
10. Las fogatas	49
11. Misión cumplida	51
Glosario	55
Actividades	59
Actividades para después de leer la novela	60



La autora
y la obra

BIO- GRAFÍA




RUTH KAUFMAN nació en 1961, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Es escritora, editora, maestra y licenciada en Letras. Escribió gran cantidad de libros para niños y también guiones de televisión para programas infantiles. Coordinó

talleres para niños, adolescentes y adultos, y trabajó en la formación de maestros en el área de lectura y escritura.

Algunos de sus libros son *La ciudad de los magos* (1984); *Nada de luz, ni siquiera veías* (1992); *Los rimaqué* (2002); *¿Quién corre conmigo?* (2003); *Las aventuras de Bigote, el gato sin cola* (2004); *Ton y Nimo son amigos* (2004). En coautoría con el dibujante Pablo Sapia publicó las historietas *Gritar los goles* (2003); junto a Cristian Turdera, *La Reina Mab, el hada de las pesadillas* (2007); con el ilustrador Diego Bianchi, *Los leones no comen banana* (1999), *Muy lejos de la tierra* (2000), *Como pez en el cielo* (2008) y *Mucho más que miedo a los fantasmas* (2008).

En el año 2015 su libro *Abecedario*, en coautoría con Diego Bianchi y Raquel Franco, recibió el Premio Bologna Ragazzi Award en la categoría New Horizons.



Tiempos de guerra

Después de la Revolución de Mayo, en 1810, todo cambió en nuestro territorio. La tranquila vida colonial se vio alterada por el enfrentamiento entre quienes buscaban independizarse del gobierno de España y quienes se oponían a esos cambios. Cuando las noticias de lo ocurrido en el Cabildo de Buenos Aires llegaron a las provincias del interior, en todo el Virreinato del Río de la Plata la gente debió tomar partido.

Fue así como comenzaron a librarse batallas entre los criollos, que estaban a favor de la revolución, y los españoles y sus partidarios. Ese período, que duró varios años, se conoce con el nombre de “guerra de la independencia”.

En la época en la que transcurre el relato, la vida apacible de la colonia se alteró. Se improvisaron y formaron ejércitos: por eso, los hombres debían ir a la guerra, dejando sus casas y sus trabajos. Algunas familias que vivían en las ciudades se trasladaban, por seguridad, a casas de veraneo en las afueras.

La historia que van a leer ubica la acción en Salta y reconstruye cómo debió haber sido la vida en ese momento.



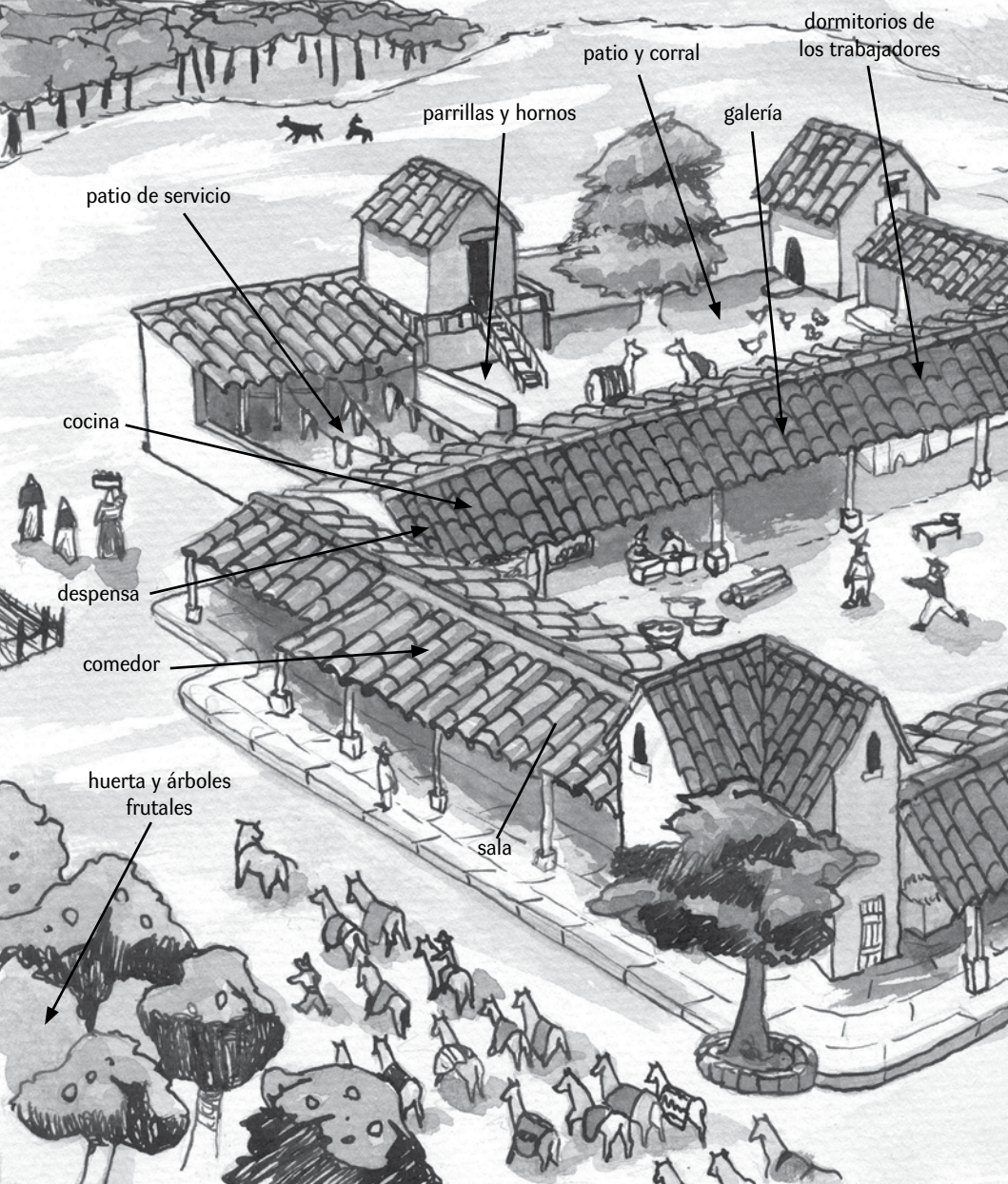
Aprender en épocas de cambio

Angélica, la protagonista de esta historia, aprende muchas cosas en pocos días. A medida que avanzamos por las páginas de la novela, vamos descubriendo algunos de los distintos conocimientos que debía adquirir una chica en esa época. Principalmente, una nena como ella tenía que conocer las tareas de la casa, para luego poder organizar la vida del hogar. En esa época, en las casas grandes se hacía casi todo: la comida, las velas, los jabones, la ropa...

Angélica también aprende a leer y escribir, cosa que muy pocos chicos y grandes sabían hacer en esa época. Algunos tenían maestros particulares o iban a escuelas. Otros, como Angélica, recibían lecciones de sus familiares. Y una futura damita como ella también tenía que aprender cómo comportarse en la mesa o en la sociedad.

Sin embargo, entre todas las cosas que Angélica aprende en esta historia, hay dos que son particularmente importantes. Por un lado, escucha por primera vez la palabra Patria y empieza a entender lo que significa luchar por ella. Por otro lado, descubre su propia valentía en una extraña misión. Y así les demuestra a los demás, pero también a sí misma, de qué es capaz una niña cuando se propone algo.

Una finca en Salta



dormitorios de los trabajadores

patio y corral

parrillas y hornos

galería

patio de servicio

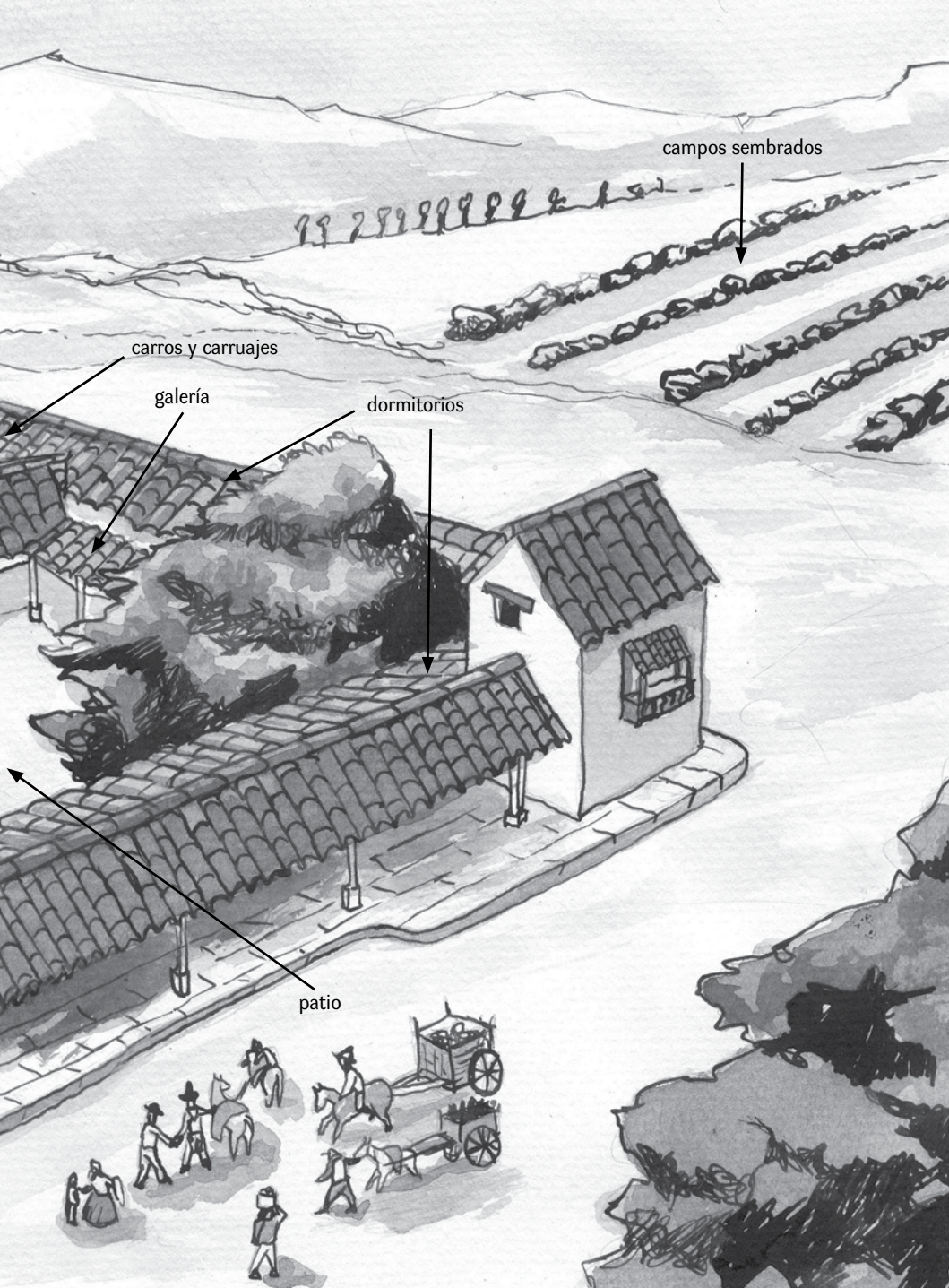
cocina

despensa

comedor

huerta y árboles frutales

sala



campos sembrados

carros y carruajes

galería

dormitorios

patio

*Agradezco a Daniel Sagárnaga, Eduardo Ashur, Mario Lazarovich
y Julio Ruiz de los Llanos toda la información que me brindaron
para escribir esta historia y, muy especialmente, a Mágara Sumbland,
quien me abrió los exquisitos archivos de su memoria.
A ellos debo, si los hubiera, los aciertos de este relato.*

Ruth Kaufman

Extraña misión

Las definiciones de las palabras resaltadas aparecen en el Glosario de las páginas 56 y 58.

1. Angélica y Casilda

Angélica recorrió el huerto a los gritos:

—¡Casilda, Casilda, Casilda!, ¿dónde diablos te has metido?

Nadie le contestó. Fue hasta los **chiqueros**, donde una **criada** les daba de comer a los chanchos, pero no era Casilda. Fue hasta la casa y cruzó el primer patio con la boca bien cerrada: mil veces le había dicho su madre que una niña no debía andar a los gritos. Cruzó el segundo patio y entró en la cocina: dos criadas preparaban empanadas y su hermanita, María del Carmen, las estaba ayudando con los **repulgues**. Ninguna era Casilda. Entró en el tercer patio. Bajo la sombra de un **molle**, casi escondidas entre las ramas que caían hacia el suelo, estaban Casilda y su abuela Ignacia.

Casilda arribaba la leña y cortaba las ramas largas en trozos parejos. Su abuela revolvía lo que había dentro de la **paila** que estaba sobre el fuego. Ignacia le acercó un banquito a Angélica.

—Siéntese, niña; Casilda ya termina.

—Gracias, Ignacia. ¿En qué puedo ayudar?

—Nada, niña, nada.

—Puedo revolver —insistió Angélica pidiendo la cuchara.

—No se vaya a quemar —le advirtió Ignacia—. Mire que si se descuida y le salpica una gotita de dulce hirviendo... ¡ay!, le va a quedar la marca en la piel para toda la vida.

Angélica se puso a revolver como le había enseñado mama Ignacia: siempre en la misma dirección. No necesitaba mirar dentro de la olla para saber que ese aroma, que daba ganas de comerse el aire, era el del dulce de higos.

—Por la tardecita va a estar listo —dijo la abuela—. A ver, ¿cómo se dan cuenta de que tienen que sacar el dulce del fuego?

—Por el color —contestó Angélica—. Cuando está listo, es oscuro y transparente.

—No —dijo la vieja—, no es por el color. Y tú, Casilda, ¿cómo lo sabes?

—Yo lo pruebo —respondió Casilda— y me doy cuenta por el sabor.

—Tampoco, mi hija, tampoco. Atiendan bien, que no puede ser que a su edad no lo sepan: Angélica, ya tienes ocho años y tú, Casilda, ivas a cumplir los doce...! Sacan un poco de dulce con la cuchara y lo dejan caer sobre un plato. Si se desparrama, deben cocinarlo más; si se hace una bolita



redonda, está en su punto justo y es hora de sacarlo del fuego.

Para reforzar la lección, la abuela dejó caer una cucharada de dulce que se desparramó sobre el plato. Angélica limpió el plato con el dedo, y el dedo con la lengua.

—Está muy bueno, pero le falta un poco de fuego —dijo, haciéndose la importante.

—¡A usted le falta, y mucho... todavía! —le contestó la abuela, quitándole la cuchara de la mano—. Ve con la niña, Casilda, que ya no te preciso más.

—¿Vamos al río? —propuso Angélica—. Así nos quitamos el calor del fuego...

Atravesaron el tercer patio, el segundo y, cuando les faltaban dos pasos para salir de la casa y largarse corriendo hasta el río, escucharon la voz agriada de la tía Herminia:

—¡Angélica, la lección!